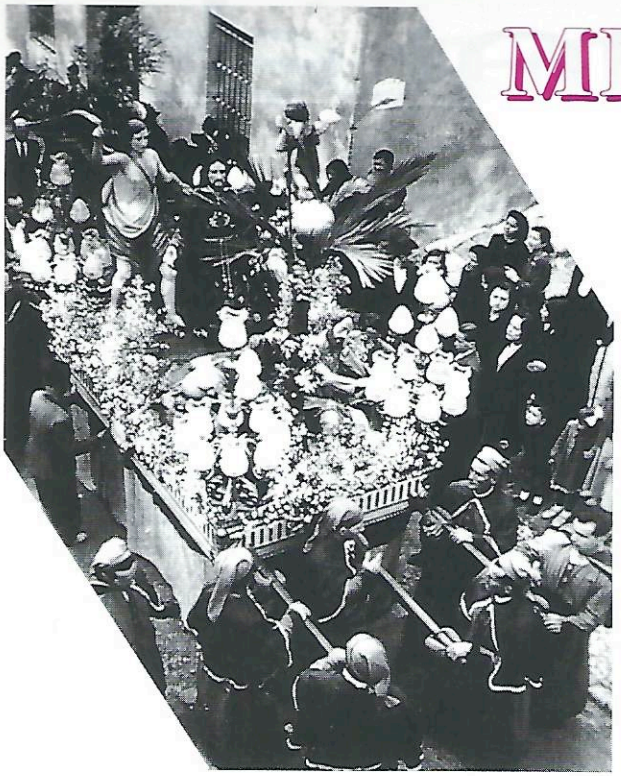
MIS RECUERDO



En primer lugar, permítanme que me presente: soy una casa corriente de las que abundaban en nuestro pueblo, situada en la calle San Cayetano, 4 (antes Mesón, 2) y, a pesar de que he manifestado ser corriente, reúno dos cualidades: primera, ser el hogar de la familia del TIO CHIMO y MARIA LA GALINDA, y segunda el estar ubicada frente al postigo de la Iglesia, por las cuales me encuentro en condiciones de afrontar el siguiente relato.

Relato éste que a muchas personas les va a resultar grato a veces y doloroso otras, según sus propias vivencias relacionadas con lo que se expone a continuación, aunque creo que vale la pena recordarlo.

En mi interior, la Semana Santa se ha vivido siempre con una intensidad poco común durante todo el año (loterías, vestas, discusiones, proyectos, etc., etc.), por la vinculación de mis moradores a las cofradías de La Verónica y La Oración del Huerto, así como también, y en la primera época, a la Banda de Cornetas y Tambores de Los Lucas, aunque el máximo llegaba con los días de Martes y Miércoles Santo.

Comienzo mi relato, con la Cofradía de La Verónica, paso que, como ya digo anteriormente, estuvo vinculado de siempre a la familia paterna (Pascualetes). Todos los Martes Santo, María la madre, acompañada por aquel entonces de los dos hijos mayores, se trasladaban a casa de Salvador González, en la calle de San Joaquín, n.º 26, donde se guardaba la antigua imagen, con el fin de proceder a su arreglo, limpieza, adorno y colocación en su trono, conjuntamente con las mujeres de esta familia y algún que otro cofrade, con objeto de dejarla dispuesta para la magna procesión del día siguiente.

Continúan mis recuerdos con el Miércoles Santo por la mañana: les correspondía la limpieza, vestimenta y adorno de la Oración del Huerto, a los chiquillos de entonces, María y las demás mujeres que en aquellos días se ocupaban de estos menesteres les encomendaban el limpiar y poner cera a los portacirios, cosa que hacían en mi interior, mientras que ellas se ocupaban de todo lo concerniente al trono e imágenes en casa de la tía Bocha, lugar del que salvo excepciones anteriores a estos mis recuerdos, siempre he conocido que se guardase el mencionado paso.

Pero llegaba la tarde, las cosas y las tareas de todos comenzaban a intercalarse, y parecía que nada se iba a terminar a tiempo; se continuaba con La Oración del Huerto en lo que se hubiese quedado sin concluir por la mañana, hasta dejar el paso en las mejores condiciones posibles para salir a la concentración en la Iglesia; pero en el interín llegaban los componentes de la banda de cornetas y tambores de la cual formaba parte el padre: llegaba el Tío Lucas, con su flamante uniforme y gorra de plato de chófer de la Guardia Civil, su hermano Vicente, y otros, con sus cornetas, petos, polainas, etc., para limpiar. Había que dar brillo impecable a las trompetas y petos metálicos, limpiar las botas y polainas, y continuaban llegando la bandera primero y posteriormente el estandarte, faroles y portacirios de La Verónica y de La Oración del Huerto; llegaba «Roque» con su tambor y lo dejaban todo allí a fin de tenerlo a mano para la procesión: velas, mantillas, vestas, etc., y a todo ello hay que reconocer que nunca he sido demasiado grande, sino todo lo contrario.

Arribada la hora de la procesión, si cabe se incrementaba el caos: los del «Huerto» cenaban a toda prisa, pues el tiempo apremiaba; más reposados cenaban los de la «Verónica» y los de la banda, y comenzaba a desfilar gente, vestas para vestirse y salir corriendo a la Iglesia, mantillas para darse los últimos toques. Los cofrades y mantillas recogían los portacirios o velas y se marchaban a la procesión, mientras comenzaba el mismo baile con los de la «Verónica» i «Los Lucas», y yo me quedaba descansando y tranquila, con algún despistado que venía de nuevo a dejar o un portacirios o un farol, un estandarte, etc., puesto que mi gente tardaría bastante en regresar, ya que después de la procesión estaba el traslado del Stmo. Cristo a la ermita del puente, hoy parroquia de la Stma. Trinidad, y «Los Lucas» no podían dejar de acompañarlo como tampoco los miembros de esta casa.

Todo esto, en aquellos años, con excepción de lo concerniente al traslado del Stmo. Cristo, volvía a reproducirse más o menos igual para la procesión de la noche de Viernes Santo.

Y como es natural, fueron pasando los años y se produjeron cambios. En la «Oración del Huerto», primero, una nueva instalación de alumbrado, después un nuevo trono, etc. En la «Verónica» se cambia la imagen y el trono. En general se van cambiando las vestas antiguas, de capita corta y dos caras (una de ellas de luto), por las actuales, de capa larga y capirote, desaparecen los trajes de «manaor» de estilo goyesco, así como la procesión de Viernes Santo por la noche.

Como es de suponer, estos cambios también afectan en parte a este relato. Con la nueva imagen de La Verónica llega una cofradía renovada y se deja de ir los martes. El padre deja de tocar con la banda (y no digo deja de pertenecer, porque esto nunca ocurre a los que han vivido la Semana Santa muy dentro de sí), y se integra a su cofradía «La Verónica» llevando, mientras físicamente pudo, la «mazeta» para dirigir el paso.

Con este pasar de los años, los chiquillos del «Huerto» ya son todos unos mozos, ya tienen opinión y les dejan la dirección de todo lo concerniente a la procesión, vestas, etc.



DE SEMANA SANTA

Inclusive se les permite tomar parte en el arreglo floral del paso, que ya se hace con flor natural. Pero como las mujeres son muy exigentes, para que por la mañana del Viernes Santo estén lozanas, después de guardado el paso en la noche del Miércoles a altas horas, les hacen retirar todas las flores y ponerlas en agua. Viernes Santo estén lozanas, después de guardado el paso en la noche del Miércoles a altas horas, les hacen retirar todas las flores y ponerlas en agua. Viernes Santo, antes de que empezaran a sonar las dianas, Paquito Martínez (de la Llasinta), Salvador Puig (posteriormente presidente del Patronato) y el hijo mayor de la casa, acompañados al principio de algunas de dichas mujeres y casi siempre en este menester de la tía Pepa (La Galinda), volvían a colocar las flores en el paso, luciendo las mismas todo su esplendor.

Como antes he indicado, la desvinculación física del padre a la banda, como es lógico, nos traería un poco de calma o espacio en estos días santos, pero no, no podía permitirme ese lujo; por aquel entonces (1956/57) a un grupo de mozalbetes se les ocurrió un buen día (en las reuniones que efectuaban muy a menudo en la habitación que compartían los dos hijos mayores de la familia) el fundar un grupo de romanos. Se pusieron en contacto con el entonces presidente del Patronato, D. Emilio Soler, y la cosa fue un hecho. Y como es natural todo pasaba por casa, que si los diseños debían ser auténticamente de romanos, la espada debía ser corta, los petos de cuero, el casco y demás adornos de metal debían ser realizados por los Hnos. Blasco de Elche (ya que estaban muy vinculados por entonces a nuestra Semana Santa), etc., etc. Llegó el primer traje de muestra y para que pudiese salir publicado en la revista donde iban a recurrir, todo quedaba en casa y nunca mejor dicho, el hijo mayor realizaría las fotografías en color, el modelo era Gaspar Lledó (actual presidente de la Federación de Cofradías y Hermandades), por aquel entonces un mozalbete muy espigado, y como es natural, la foto se realizó en mi terraza: no podía haber sido de otra forma.

Como se puede suponer, durante los días santos volví a estar a tope, aunque van a permitirme que por un momento guarde silencio y escuche: es que están procesionando mis armados, qué marcialidad, qué orden, qué silencio llevan y transmiten con sus tambores de quedo sonar. Qué lástima que sus laureles se marchitasen tan pronto y su antorcha se apagara por falta de la debida sucesión.

Pero volvamos a nuestro relato, con nuestra Semana Santa en todo su esplendor. Alguien (no podría precisar quién) lanzó la idea de reforzar la procesión de Domingo de Ramos, y se pensó que acompañando al paso de «La Entrada de Jesús Triunfante» podrían ir niños y niñas vestidos de hebreos: manos a la obra y de esta casa salieron los dos primeros vestidos y la primera fotografía de un niño y una niña luciéndolos como modelos, para incluirla en los programas de divulgación, con el mismo fotógrafo y la misma terraza.

Hoy, aunque sin los padres, yo, con la hija al frente y los dos hijos ocupándose de todo, acompañados de los sobrinos, nietos y amigos, siento que sigo siendo la misma, quizá por el paso del tiempo y los naturales cambios sean menos los que acuden, pero siempre fieles a la cita están aquí y participan o ven las procesiones, y una cada año se considera más afortunada, a pesar de sentir dolor cuando al pasar «La Oración del Huerto», ya no veo a Paquito con el estandarte, y tampoco veo a la madre presidiendo en unión de sus amigas. Veo pasar a la «Verónica» para el abrazo y no la dirige el padre, que tampoco está con los Lucas, ni casi ninguno de sus fundadores, y no veo a «mis» armados y recuerdo a mi Quini y a su amigo Toñín. Y digo que me siento afortunada y que a pesar de lo anterior experimento alegría cuando veo al hijo de Paquito llevando el estandarte del «Huerto», y a mi María casi juraría que la veo en la presidencia con la presencia de sus nietas, y cuando observo procesionar a la «Verónica» con Tomás en el puesto de su tío Chimo, y también a «Los Lucas», mucho más numerosos con tanta descendencia más y menos joven que se ha incorporado.

Recuerdos que nos hacen sentir dolor de las ausencias, nostalgia de lo vivido y alegría de las nuevas gentes, allegadas o no, que conservan nuestras tradiciones tan entrañables y queridas, pero sobre todo al evocar mi Semana Santa, a las gentes a las que he albergado, a las que en estos días me invadían, y a mis armados, y confieso que, a pesar de todos estos sentimientos, lo que estoy, por haber convivido con ellos, es enormemente ORGULLOSA.

Evaristo Galvañ

